

noas, al saber el triste acontecimiento arrojaron sus armas, y abrumados de tristeza seguian á los bergantines que convoyaban al real prisionero.

Inmediatamente que Gonzalo de Sandoval recibió la noticia de la prision de Guatemotzin, se acercó con su buque al costado del de García de Holguin, pidiéndole que le entregase el monarca mejicano reclamándole como prisionero suyo, por ser el jefe encargado del mando de la escuadra. Holguin se negó á su deseo, manifestando que él habia logrado su aprehension. La cuestion sobre el derecho al prisionero fué bastante acalorada, pues cada uno ambicionaba la gloria de haberle capturado, agregándose acaso el deseo de que la hazaña la recordase la posteridad en el escudo de armas de su casa. Sabedor Hernan Cortés de la cuestion suscitada, envió, sin pérdida de momento, desde la azotea en que se habia colocado, á los capitanes Luis Marin y Francisco de Lugo, para que dijesen á Holguin y á Sandoval le presentasen á Guatemotzin, prometiéndoles que despues quedarian zanjadas satisfactoriamente las diferencias con respecto al prisionero, y recomendándoles que le tratasen con las mas altas distinciones.

Entretanto, el general español se dispuso á recibir al ilustre prisionero con las consideraciones debidas al elevado puesto que habia ocupado. Mandó formar en la azotea, con finos petates y mantas, un ámplio salon, cubierto con un toldo de blanca lona. Terminado en pocos momentos, hizo que se dispusiese una excelente comida para obsequiar á los ilustres prisioneros, y que se colocasen los asientos necesarios en que descansasen al llegar. Dis-



... y cuando ya se iban a arrojar sus
... seguian a los bergantines
...

... de Sandoval recibió la
... se acercó con su
... de Holguín, pidiéndole
... reclamándole como
... del mando de la
... manifestando que
... la cuestion sobre el
... acalorada, pues cada
... haberle capturado, agre-
... la recordase la
... de su casa. Sabedor
... envió, sin pér-
... en que se habia colo-
... y Francisco de Lugo,
... Sandoval le presentasen
... que despues quedarian
... con respecto
... que le tratasen con las

... español se dispuso a recibir al
... las consideraciones debidas al eleva-
... Mando formar en la azotea
... un amplio salon, cubierto con
... Terminado en pocos momentos
... para obs-
... y que se colocasen los
... que descansasen al llegar. Dis-



Lic. M. Pujadas - Barcelona.

H.M.

Entrevista de Cortés y Cuauhtemoc.

J. F. Farres - Editor.

puesto ya todo, Hernan Cortés esperó la llegada del monarca azteca, teniendo á su lado á sus dos intérpretes, la amable Marina y Gerónimo de Aguilar.

Al saltar á tierra, Guatemotzin, recibiendo siempre las consideraciones de respeto de García de Holguin y de Sandoval, y escoltado por una compañía de infantería española, llegó á la presencia del jefe castellano. Su gentil apostura, su noble continente, sus modales dignos y su mirada franca, daban á conocer al valiente emperador azteca entre los nobles de su comitiva. Tenia Guatemotzin de veintitres á veinticuatro años de edad; era de buena estatura y de flexibles movimientos, de ojos negros y grandes, en cuya mirada se encontraba esa agradable mezcla de gravedad y de benevolencia que indica grandeza y generosidad de alma; su rostro era aguileño y agradable; de color mas claro que el generalmente bronceado de sus compatriotas; de frente despejada; de cabeza bien formada, y de cabello negro, largo y lustroso. Carecia de barba, como toda la raza india, y únicamente se indicaba un imperceptible bozo que sombreaba ligeramente su labio superior (1).

Hernan Cortés se adelantó á recibirle con noble agrado, abrazándole con sincero afecto, y recibéndole con todas

(1) «Guatemuz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y quatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esotros indios morenos.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

las demostraciones de honor y de grata deferencia (1). Con sumo agrado recibió también á los nobles que le acompañaban, manifestándose benévolo y atento.

El monarca azteca, conservando en medio de la desgracia su ánimo levantado, fué el primero en romper el silencio, diciendo: «He hecho todo lo que tenía obligación de hacer en defensa de mi patria y de mi pueblo. Ahora soy vuestro prisionero, y nada puedo. Tratadme, Malinche, como gustéis.» Poniendo en seguida la mano sobre el puñal que Hernan Cortés llevaba colgado al cinto, añadió con vehemencia: «Quitadme con esta arma la vida que no pude perder combatiendo como rey y como patriota» (2). Cautivado el caudillo español del noble aliento del joven monarca azteca, que mostraba en su infortunio la entereza y dignidad de los antiguos romanos, le contestó con dulce afabilidad: «Nada teneis que temer: habeis defendido vuestra capital como valiente, y esto os enaltece á mis ojos: los españoles saben respetar el valor aun en sus mismos enemigos» (3).

No puede uno menos que sentir una grata satisfacción, al ver respetado el valor y el esfuerzo de un patriota, por

(1) «Y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor á él y á sus capitanes.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «Dijome en su lengua que ya él habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defender á sí y á los suyos hasta venir en aquel estado, que ahora que ficiese dél lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Y Cortés le respondió... que por haber sido tan valiente y haber vuelto y defendido su ciudad, se le tenía en mucho y tenía en más á su persona, y que no es digna de culpa ninguna, é que antes se lo ha de tener á bien que á mal.»—Bernal Diaz del Castillo.

el mismo que ha alcanzado la victoria. Hernan Cortés, al manifestarse generoso y atento con el valiente Guatemotzin, daba mayor realce al triunfo conseguido. Nunca aparece mas grande el vencedor, que cuando sabe apreciar las virtudes y el heroísmo del vencido. Por desgracia son pocos los que saben respetar el patriotismo del que les ha combatido sin tregua ni descanso: muy pocos los que, en aquellos tiempos, guardaban consideraciones con los prisioneros. Luis XII, no obstante ser un príncipe celebrado por su bondad, mandó ahorcar al gobernador de Peschiera, Andrés de Riva, con su hijo, solo porque habia defendido heroicamente la plaza que el senado de Venecia le habia confiado. Con igual rigor habia tratado pocos dias antes á la guarnicion de Caravaggio, y no fué mas noble la conducta observada, á principios de nuestro siglo, por la nacion mas ilustrada, con el valiente defensor de Zaragoza, con el ilustre Palafox.

No han titubeado algunos autores modernos, de calificar de fingidas las consideraciones del caudillo español con su prisionero, fundando su opinion en los hechos posteriores. Pero no hay derecho, en justicia, para esa acusacion. No tenia necesidad Hernan Cortés, en aquellos momentos, de fingir una generosidad que no sintiera. El imperio mejicano habia acabado con la toma de la capital y el país entero era su aliado; aliado que no daba cuartel, y que se complacía en humillar á los reyes vencidos. Yo creo sinceras las muestras de aprecio mostradas por Hernan Cortés á Guatemotzin en aquellos instantes de indescriptible satisfacción. Ninguno de sus contemporáneos que presenciaron la recepcion hecha al ilustre prisionero,

creyó que iba envuelta la falsedad en las atenciones del general castellano. Bernal Diaz, que no hubiera callado esa circunstancia, como no habia callado otras relativas á la política observada en diversas circunstancias por su jefe, convence de la espontaneidad de las atenciones usadas por el vencedor. «Le hizo mucho acato, dice; le abrazó con alegría y le mostró mucho amor.» Si mas tarde se guardó con el valiente prisionero, conducta diametralmente opuesta, veremos que el sensible cambio fué originado por las circunstancias, no porque hubiese estado preconcebido por el conquistador.

Hernan Cortés preguntó en seguida al emperador azteca dónde habia dejado á su esposa la reina. Guatemotzin respondió que la habia dejado bajo la proteccion de Sandoval y de Holguin, en el bajel que les habia capturado, hasta saber lo que resolvía su vencedor. Hernan Cortés dispuso que la condujesen con el mayor respeto á su presencia.

Era la noble soberana, la hija menor del emperador Moctezuma, joven que apenas se hallaba en la edad de la pubertad. Guatemotzin, su primo, se habia enlazado á ella al subir al trono, tomándola por legítima esposa (1). La jóven Tecuichpo, en cuya dulce y simpática fisonomía se revelaban la pureza y bondad del corazon, fué recibida por el jefe castellano con respetuosa atencion y agrado. Se consideraba con el sagrado deber de obsequiarla y fa-

(1) Como existia en aquellas naciones la poligamia, los matrimonios legitimos se distinguian por ciertas ceremonias que el lector podrá hallar en el primer tomo de esta obra, en la parte en que se habla del matrimonio.

vorecerla, pues habia prometido solemnemente al emperador Moctezuma, mirar por el bien de los hijos que dejaba.

Despues de las atenciones de la recepcion, Hernan Cortés les obsequió con una comida en que se les sirvió los manjares mejores que tenia.

Terminado el banquete, el general español ordenó á Gonzalo de Sandoval, que condujese á Guatemotzin y á su esposa, lo mismo que á los demás ilustres prisioneros, á Coyohuacan, á donde él marcharía en cuanto acabase de dictar otras providencias. A Pedro de Alvarado y á Cristóbal de Olid, les mandó que volviesen á sus respectivos campamentos. La fetidez que exhalaban los millares de insepultos cadáveres, corrompiendo la atmósfera, hacia imposible la permanencia de las tropas en la ciudad, y solamente se dejó una guardia insignificante en los suburbios con el objeto de conservar el orden.

Hernan Cortés, en la cuestion suscitada entre Gonzalo de Sandoval y García de Holguin, respecto á la gloria de haber hecho prisionero á Guatemotzin, tomó una determinación que satisfizo á los dos caballeros. Dijo que escribiría al monarca el hecho, para que él resolviese á quien se debia dar la honra de la hazaña, y lo tuviese por escudo de armas. Cuatro años despues, el rey, como generalmente acontece en esos casos, concedió al general español, que en el cuartel de arriba de la izquierda de sus armas, pusiese tres coronas de oro en campo negro, la una sobre las otras dos, en memoria de haber vencido á los tres emperadores de Méjico, Moctezuma, Cuitlahua y Guatemotzin (1).

(1) El Sr. Prescott padece un error cuando dice que el monarca español